

llegado a la perfección en el género con Baldomero Lillo, Latorre y Durand. Estas novelas no consiguen convencernos ni vencernos, ya que la obra de arte ha de realizar el milagro de la rendición incondicional del lector ante la magia de la creación.

No obstante, Francisco Contreras ha logrado dotar a nuestras tradiciones folklóricas de dos hermosas obras, que enriquecen el acervo de las letras puramente chilenas, a la vez que se nos muestra desde un ángulo nuevo, dando fe de la variedad y extensión de sus aptitudes.



JOSÉ SANTOS OSSA, por *Julio Iglesias*. Ediciones «Cultura.»

Julio Iglesias, hijo de Antofagasta, sobrino de Augusto Iglesias, que ha hecho célebre su pseudónimo de Julio Talanto ha rendido un hermoso homenaje al descubridor del salitre del Salar de Atacama, que hizo la grandèza de esas tierras cuando aun pertenecían a Bolivia.

El libro está lleno de interés, tanto por tratarse de uno de los más esforzados y varoniles héroes del Desierto, cuanto por la forma anecdótica, liviana y agradable que el autor ha dado a su biografía. Ossa fué una fuerte y rica personalidad, un hombre a quien no arredraron los fracasos ni las fatigas, que conoció la opulencia y la pobreza, que vivió una vida plena, tanto en la fortuna y los halagos de la riqueza y el poder, como en la lucha constante contra los riesgos y sacrificios de los cateos y la azarosa aventura del minero. Llevaba en su frente el signo de los predestinados y nada podía desviarlo de sus altos designios. Con su secretario particular, don José Abelardo Núñez, que había de cumplir tan destacada misión en la enseñanza, recorrió pampas y desiertos, alucinado por la intuición de derroteros de milagro y florones mágicos. Muchas veces sus búsquedas se vieron coronadas por magníficos hallazgos. Entonces el caminante

vivía períodos de grandeza y esplendor. Pero no era la riqueza lo que halagaba a Ossa. Fué muchas veces el hombre más rico, el gran millonario de Chile, en esa época fabulosa de los descubridores y creadores de fortuna. En los años de Matías Cousiño, el mago del carbón; de Urmeneta, el soñador del cobre; de Edwards, el visionario del salitre y la industria, José Santos Ossa no cuidaba su fortuna, ganada con tantos años de trabajos y privaciones. Se lanzaba siempre hacia nuevos derroteros, sediento de horizontes y posibilidades, tomando posesión de nuevas y fabulosas minas, de nuevos yacimientos y salares, no para él, sino para entregarlos a los demás, a los trabajadores sufridos y tenaces.

En medio de su opulencia y esplendor de Nabab, cuando sus salones se iluminaban hasta el alba y resonaban con el estruendo del lujo y el placer, Ossa añoraba la tienda solitaria del cateador de la pampa, el duro lomo de la mula, la compañía de los vaqueanos del desierto, duros y ásperos como las serranías, pero con ricos filones de hombría y bondad en los repliegues del alma. Parece que se apuraba en gastarlo todo, en lanzarse en audaces y ruinosas empresas, para estar otra vez en la sabana y la montaña, de cara al peligro y la muerte, bajo el parpadeo misterioso de las estrellas.

Era sencillo y humilde en la fortuna, como altivo e indomable en la adversidad. Su confianza se asentaba en el oro perdurable de su espíritu, y no en el otro que no duraba en sus manos y faltriqueras. Cierta vez, cuando era el hombre más opulento de Chile y superaba a Díaz Gana, Urmeneta y Cousiño, estaba al pie de una diligencia, aguardando a la balsa que había de pasar el río Claro; Ossa se calentaba en la fría mañana en una fogata hecha por los pasajeros. De pronto un caballero que iba en otra diligencia, en sentido contrario, le pidió un tizón para encender su cigarro. Ossa se lo pasó y el caballero le alargó una onza de oro, que el descubridor del salitre recibió en su sombrero. El generoso fumador era don José Tomás Urmeneta.

Es conveniente completar una serie de biografías de grandes chilenos, de los creadores de riqueza, de los hombres de esfuerzo que han ido hacia las pampas, desiertos y selvas, para abrir rutas al trabajo y la acción constructora.—D. P. B.

■

«CHILE, FÉRTIL PROVINCIA», por *Andrés Sabella*

«Este es, esencialmente, un libro de poesía y emoción», afirma doña Amanda Labarca en el prólogo del último y hermoso libro de Andrés Sabella. Estamos completamente de acuerdo con la distinguida prologuista, agregando, por nuestra parte, que además de poesía y emoción se encuentran en él conocimientos, dados muy sutilmente y con la dulzura con que debe tratarse al niño.

Todo él es un pequeño gran poema en prosa. Un canto a Chile apretado de ternura y amor.

Sentimos no tener todavía pupilas de niño para irlo recorriendo con esa curiosidad propia del infante, e ir descubriendo aquellos matices que pasan inadvertidos a los ojos profanos del adulto; minúsculas piedrecillas despidiendo su luz de luciérnagas.

Pero el maestro que lo utilice sabrá, también, utilizar a sus alumnos de manera inteligente a fin de obtener el máximo de provecho de este verdadero manual de lindas «lecciones de cosas», como rezaban antiguamente los programas educacionales. No debe escapársele ninguno de estos pequeños fulgores escondidos como las esmeraldas en el fondo de una mina.

*Chile, fértil provincia, y señalada,*

Fragmento de este verso del famoso poema de don Alonso de Ercilla es el que invocó Sabella para titular su libro. Y en realidad de verdad que su contenido responde, con creces, al